

EN PUNTO



pendiente de estos juegos es, sin lugar a dudas, el que propone a los niños el fabricar por sí mismo «lovable creepe people», es decir, «simpáticos enfermos»: Jorobados o cojos de todas clases que sólo pueden moverse con una especie de movimiento reptante. Otro «best-seller» de este tipo lo constituye un gnomo en plástico muy parecido a los marcanos de los tebeos, cuyos ojos y boca se iluminan cuando se les presiona sobre el vientre.

Sin embargo, empieza a esbozarse una contraofensiva por parte de los juguetes educativos, apoyada por una serie de campañas televisadas. Las Universidades son frecuentemente las patrocinadoras de estos juegos; las compañías comerciales contratan a jóvenes investigadores, quienes, muchas veces, por propia iniciativa, se agrupan para ocuparse del lanzamiento de sus inventos, cuyo éxito es desproporcionado

si se tiene en cuenta la austeridad de su presentación.

La «Games Research», de Boston, ha reunido a un grupo de psicólogos, pedagogos, filólogos y matemáticos que han puesto a punto toda una gama de juegos «intelligentes», entre los que destaca un «Insight», que pone el psicoanálisis al alcance de los jóvenes.

El profesor Robert W. Allen, de la Universidad de Michigan, se ha rodeado de un puñado de especialistas que han presentado, en la presente campaña, una serie de juegos de matemáticas y de geografía. Respecto al equipo de investigación sobre los juegos de la «Minnesota Mining and Manufacturing Corp.», dicho equipo acaba de lanzar una colección de juegos sobre la Bolsa, el comercio y las altas finanzas, con el fin de poner a prueba la resistencia nerviosa de los niños. ■ N. M.

EL DISCURSO DEL JEFE DEL ESTADO

El pasado lunes, día 30 de diciembre, el Jefe del Estado pronunció su tradicional discurso de fin de año. La alteración que en el cierre de nuestra revista producen las fiestas navideñas nos impide dar aquí una información sobre su contenido. En el próximo número haremos referencia a él.

LOS OTROS NEGROS

Actualmente existen en el mundo otros grupos minoritarios que se ven obligados a vivir, y esto en contra de su voluntad, al margen de la sociedad. Se trata de minorías lingüísticas, religiosas, ideológicas, deficientes físicos o intelectuales, etcétera. Sus propias actitudes mentales y las actitudes de la sociedad para con ellos están eternamente en conflicto, de modo perjudicial para un entendimiento mutuo.

Nosotros nos limitaremos a poner de relieve aquellos problemas que atañen sólo a un grupo de ellos: los diez millones de individuos que a causa de la pérdida de la vista se ven obligados a afrontar innumerables problemas. Estos problemas no se ciñen exclusivamente a lo físico; por el contrario, afectan a toda su personalidad. Tampoco se pueden considerar aislados del resto de la sociedad. Las consecuencias de la ceguera trascienden inmediatamente al ámbito social.

Una de las principales causas de exasperación y desaliento que afligen al ciego estriba en la actitud que la sociedad adopta frente a él. Toda la vida del ciego está condicionada por este factor de tipo ambiental. Los videntes, al encontrarse con un ciego, actúan, a menudo, como si se hallasen en presencia de un sordo o de un disminuido intelectualmente. Y, así, levantan la voz al dirigirse a él, se dirigen a su acompañante, etc. En suma, le consideran como a un ser que padeciera una especie de parálisis sensorial total.

La sombra del ciego mendigo está todavía presente en las mentes. Es normal que al hacer referencia a una determinada persona carente de vista se le designe por «el ciego» y no por su verdadero nombre o por otras indicaciones usuales. En una encuesta llevada a cabo, en Francia, por Pierre Henri se encuentran afirmaciones como la que sigue: «Ser ciego es pertenecer a otro mundo. No comprenden, no piensan como nosotros».

El ciego pierde la dignidad y hasta la personalidad para el hombre de la calle. No se ve la ceguera con racionalidad. Surge, por consiguiente, la inadaptación social con las secuelas que ello acarrea, pues, como afirma Fernández Santos: «El hombre es, además, un ser social, y, por consiguiente, función del conjunto de las relaciones sociales, de la sociedad en que vive».

Otras manifestaciones, muy frecuentes, hacia la ceguera son las acciones caritativas y de piedad. Los Evangelios han hecho de los ciegos almas como las demás, pero los cristianos no han hecho de ellos hombres como los demás. Al ciego no se le puede dar un lugar en la comunidad, unos derechos, aunque sí se le puede convertir en un peldaño más de la escala que lleva al cielo. El único inconveniente es que es necesaria la instrumentalización de seres humanos. Reveladoras del fondo de piedad que se oculta en las gentes son las continuas y, a menudo, impertinentes frases de compasión y de consuelo, por lo demás inútiles, que se pronuncian delante de un ciego. Sin embargo, rara vez se convive con él en condiciones de igualdad, cultivando una amistad profunda, basada en la comunidad de aspiraciones, de ideas, de inquietudes o proyectos.

TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TELEX

• «No es posible separar la lucha por la liberación del pueblo dominicano de la lucha contra el imperialismo americano», ha declarado en París el secretario del partido del ex presidente Juan Bosch.

• Un obispo y cincuenta sacerdotes colombianos han publicado un «documento revolucionario» en el que se comprometen a luchar contra «el Imperialismo y la burguesía neo-colonialista».

• El Consejo Mundial de la Paz quiere hacer de 1969 «el año de una vasta movilización internacional a favor de Vietnam». Delegados de diecinueve países han aprobado esta idea en una reunión celebrada en París.

• Estados Unidos ha propuesto a las autoridades japonesas la supresión o la cesión de una cincuenta de las bases militares USA que existen en el país (en total hay ciento cincuenta).

• Después de dieciocho meses de debates, un tribunal de Francfort ha condenado a ocho y diez años de prisión a dos responsables de los programas nazis de eutanasia que «liquidaron» a 70.000 débiles mentales.

• A primeros de año empezará a publicarse en Francia una nueva revista mensual, «Politique», que se propone unir a todos aquellos que, marxistas o no, rechazan la sociedad existente.

• Guy Mollet ha renunciado a figurar en la dirección del nuevo «partido socialista» que se va a crear en Francia, y cuyo congreso constitutivo deberá reunirse antes del primero de mayo del próximo año.

• «Los Estados Unidos no han abandonado sus propósitos agresivos», ha declarado en Hanoi el general Giap, en un discurso conmemorativo del veinticuatro aniversario de la creación del ejército popular.

• El periódico oficial del P.C. húngaro ha acusado recientemente a Mao-Tsé Tung de pretender crear un nuevo partido militarista, cuyo primer objetivo de odio es la Unión Soviética.

• «No es sólo de justicia económica, de salarios, de cierto bienestar material de lo que siente necesidad el obrero, sino de justicia civil y social», dijo Pablo VI, en Toronto, en su homilía de Nochebuena.

art buchwald

POR UNA ECONOMIA MAS SOLIDA

WASHINGTON.—Una de las frases por la que más aplausos recibía Richard Nixon durante su campaña electoral por todo el país era: «En vez de más gente en las listas de pagos por auxilio social, queremos más gente en nóminas de trabajo». Nadie podía estar en desacuerdo con tal cosa, excepto los consejeros económicos del propio Nixon. Mientras el candidato republicano iba ofreciendo más empleos para la gente, sus consejeros económicos no dejaban de insistir en que iba a haber mucho más desempleo, si es que se quería invocar una inflación y una regresión.

Me puse al habla con un economista independiente, el profesor Ulrich Upgraph, director del Instituto de Economía Sólida sin Utilidades, y le pregunté acerca de esas teorías de Nixon de reducir el número de personas que dependen de auxilio social y darles empleo para conseguir una economía sólida.

—Me parece algo terrible —contestó Upgraph—. Todo el mundo sabe que cuando todos tienen empleo se produce inflación, lo que origina regresión, que, a su vez, causa finalmente desempleo.

—Lo que usted quiere decir, entonces, es que hace falta un promedio sólido de desempleo para tener una economía sólida.

—Justamente. El más tonto lo sabe. Cuando el promedio de desempleo desciende por bajo del cuatro por ciento, el promedio de inflación sube al cinco por ciento. La única manera de evitar que la economía se recaliente es retardarla, y la mejor manera de hacerlo es tener cuatro o cinco millones de personas sin trabajo.

—Eso parece difícil de creer —repliqué.

—Escuche, estúpido: cuando hay empleo total se produce escasez de brazos, y esto quiere decir que los obreros piden aumento de salarios. Esto hace que suban los precios y, naturalmente, causa inflación.

—Yo sé, profesor, que soy torpe en cuestiones de economía, pero lo que no comprendo es cómo es posible sacar a la gente de las listas de auxilio social y situarlas en nóminas de trabajo cuando es necesario aumentar el porcentaje de desempleo.

—Me ha planteado usted una cuestión muy interesante en el momento en que hay mucha gente disgustada con la cantidad de personas que se encuentran en las listas de auxilio social. La respuesta a su pregunta es que se debe, en primer lugar, encontrar trabajo a la gente y, entonces, despedirla, para que la economía en auge no se desorbita. Mi solución estriba en cambiar el nombre de «auxilio social» por otro cualquiera, como, por ejemplo, «Seguro de Economía Sólida». Nadie se puede molestar de que alguien esté cobrando un seguro de economía sólida. Es el término «auxilio social» el que está causando tantos quebraderos de cabeza.

—Pero, en realidad, sería la misma cosa, profesor —repliqué—. El gobierno estará pagando a la gente por no trabajar, lo que disgustaría a la gente que trabaja y paga impuestos.

—Es cierto, pero debe usted pensar en términos agrícolas. Pagamos a los cosecheros por no cosechar para mantener a un bajo nivel los excedentes de producción y nadie se disgusta por esto. Ocurriría lo mismo si pagamos a la gente por no trabajar, para mantener a raya la inflación.

—Eso es verdad —repuse—, pero, ¿qué va a hacer la gente que no trabaja con su tiempo durante el día?

—Eso no es problema de economistas. Tendrán que hacerse cargo de ellos los psicólogos. Nosotros sólo trabajamos en estadísticas.

—Hace usted una defensa intensa del desempleo, profesor, y bien sabe el cielo que algo de eso necesitamos si no queremos tener después mayor desempleo. Pero a mí me parece que mientras mayor sea el desempleo, más dinero tendrá que invertir el gobierno para cuidar de la gente. Y mientras más nos metamos en deudas, menos sólida será nuestra economía.

Y el profesor Upgraph me replicó trácundo:

—Bueno, ¡es que nadie es perfecto!

(Copyright 1968, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc.—Agencia Zardoya.)

Existen en el mundo 358 ciegos por cada mil habitantes; pero, considerando sólo los países occidentales, el promedio oscila entre el 0,8 y el 2,0 por cada mil. Así pues, al igual que los negros y judíos en Norteamérica, los privados de vista forman una minoría abocada a ser víctima de discriminación. En investigaciones llevadas a cabo en los Estados Unidos se ha comprobado que los ciegos coincidían en numerosos rasgos psíquicos con los grupos de segregados raciales: judíos y negros.

En una encuesta realizada, en Francia, por Pierre Henri, sólo el 8 por ciento de los hombres y mujeres declaran tener simpatía hacia los ciegos. Así, no es extraño ver a un universitario invidente sentado en un banco del aula, mientras aparecen libres los asientos contiguos.

Por otra parte, hay en todo el mundo 630.000 niños ciegos en edad escolar y sólo 40.000 de estos pequeños pueden asistir a una escuela. La marginación se hace aún más ostensible en el mundo del trabajo, si bien los motivos difieren con respecto a los grupos de segregados raciales. El porcentaje de ciegos en edad de trabajar es del 40 por ciento, pero la inmensa mayoría permanece en situación de paro o realiza tareas indignas y humillantes. En los países más desarrollados se puede calcular que existe un 15 por ciento de ciegos que desempeñan funciones en armonía con sus capacidades. Y esto se debe a las leyes protectoras dictadas en favor de los trabajadores inválidos de guerra.

Todas las conquistas sociales logradas desde hace algún tiempo han sido fruto de una revolución o de fuertes

pressiones. En una actitud defensiva los gobiernos capitalistas se ven forzados a incluir en sus programas algunas reformas sociales por meras razones de supervivencia. Pero estas razones carecían de fuerza coactiva cuando se trataba de reivindicaciones formuladas por súbditos en franca minoría y con deficiencias físicas o intelectuales. La trascendencia de esta situación, en orden a la personalidad del individuo, es incalculable. El trabajo, y máxime en el carente de vista, es una necesidad psicológica del individuo, un elemento de su educación, un medio de autoexpresión y un vínculo con otros hombres.

El prejuicio del grupo minoritario que el ciego sufre, no desemboca, generalmente, en un efecto de ser odiado por la sociedad, que es lo que, a menudo, ocurre con otros grupos. Los ciegos no son odiados; simplemente, son rechazados o compadecidos.

Carrol apunta otra diferencia, a saber: el negro o el judío pueden identificarse con aquellos de la sociedad que quiere más profundamente, como en su propia familia, pero la familia del ciego tiene vista y pertenece a la sociedad que le rechaza. El único grupo con el que puede identificarse es con el que no tiene nada en común excepto su propia ceguera.

La sociedad blanca, occidental, cristiana, está enferma. Son frases que se repitieron hasta la saciedad en la semana siguiente al asesinato de Luther King. Hay un crimen pálido, invisible, sin sangre... Y ante la gravedad del problema, «los religiosos», «los prudentes», «los de sentido común», aconsejan sólo moderación. ■ SABINO VILA LENCE.

JOHN STEINBECK

De «Las uvas de la ira» a la guerra de Vietnam



Cuando, en 1939, John Steinbeck publicó «Las uvas de la ira» —y se convirtió automáticamente en un escritor de primera fila mundial—, recibió inmediatamente la acusación de comunista. Muere ahora bajo la de imperialista americano y escritor de extrema derecha. «Las uvas de la ira» ponía el dedo en la llaga oculta de la pobreza, describía con un «realismo americano» —el de Dreiser o Sinclair— la ruina de las pequeñas familias en la crisis económica, su explotación inmediata, la cólera de los explotados, el

hallazgo de la solidaridad en la miseria, la abierta lucha de las huelgas y las revueltas. El libro se hizo clásico. Sólo en Estados Unidos sus ediciones han vendido tres millones de ejemplares. El cine expandió aún más la pólvora de su denuncia. El compromiso de Steinbeck con la lucha social duró apenas lo que ese libro. En los posteriores, el realismo se fue haciendo lirismo, los personajes duros y miserables se fueron convirtiendo en pintorescos y tiernos, tratados no ya por la pluma del testigo, sino por la